

Simondon: una filosofía de lo transindividual

Muriel Combes (2017).

Buenos Aires, Cactus, 2017. 160 pp. Prólogo de Pablo Rodríguez y Juan Manuel Heredia,
Traducción y notas de Pablo Ires. ISBN 978-987-3831-24-9.

Lautaro Colautti / Universidad de Buenos Aires

Recibido el 12 de julio de 2016. Aceptado el 15 de mayo de 2018.

Como indica su título, el libro de la filósofa francesa Muriel Combes se centra el problemático concepto de lo transindividual en la obra de Gilbert Simondon (1924-1989). Lo transindividual es la noción acuñada por el filósofo en la tercera parte de su tesis *L'individuation à la lumière des notions de forme et d'information* para pensar lo colectivo sin caer en la problemática distinción entre el individuo y la sociedad. Esta noción es central en la filosofía de Simondon y desde ella pueden articularse varias partes de su intrincado sistema filosófico. De hecho, eso es lo que podemos decir que apuesta Combes en este libro cuya primera versión fue publicada en 1999 bajo el título *Simondon. Individu et collectivité*, y en él demarca una lectura política de una obra que hasta el momento era mayormente interpretada como solamente técnica. Es así como frente al encasillamiento de “pensador de la técnica” que recaía sobre Simondon por parte de filósofos como Gilbert Hottois y Bernard Stiegler, Combes hace surgir una interpretación distinta deteniéndose en la senda simondoniana que va de lo preindividual a lo transindividual, retomando la clave ontogenética y relacional de la filosofía de Simondon, desplazando de esta manera el eje de lectura hacia el terreno de la ética y la política. Como bien señalan Pablo Rodríguez y Juan Manuel Heredia en el prólogo: “contra las tentaciones tecnocráticas y las reconciliaciones especulativas, una lectura ética y política” (p. 10). Dicho prólogo se titula “¿En qué se reconoce el simondonismo?” y propone un recorrido sobre los debates alrededor de la obra de Simondon dando cuenta de su densidad y complejidad a través de las diferentes interpretaciones entre las que resaltan las de Hottois, Stiegler, Paolo Virno y Andrea Bardin. También remarcan la originalidad de los planteos de Combes respecto a singularidad de los casos de individuación y su redescubrimiento de la realidad preindividual como realidad física de lo potencial y como multiplicidad intensiva de carácter afectivo-emotivo (Cfr. p. 12).

En el primer capítulo encontramos el análisis de Combes acerca de la ontogénesis relacional presentando los conceptos centrales del método simondoniano para entender las operaciones del proceso de individuación: transducción, metaestabilidad y la operación analógica. Estas operaciones son abarcadas desde una teoría de las operaciones, la allagmática. Con este término Simondon da cuenta de una teoría de las operaciones, más específicamente, de las operaciones que producen una conversión de una estructura en otra. Así, Combes nos introduce en la metodología que se ocupa de dar cuenta de los cambios de estado o de la relación entre el ser y la

estructura; y de justificar porque en el valor de esta relación se juega el proyecto ontogenético mismo.

La filosofía de Simondon es una filosofía que busca refundar la mirada sobre el ser transformando esta noción y las nociones de la filosofía clásica (ser, realidad, devenir, individuo entre otras tantas nociones implicadas). El ser puede encontrarse en lo que esta individuado, y lo individuado es resultado de un proceso de individuación. Desde este punto de vista la tradición es resumida en dos tendencias que confunden ser y ser individuado: por un lado el atomismo postula al átomo como realidad sustancial primera que se junta con otros átomos y componen el individuo; y por otro lado, el hilemorfismo considera el individuo como el encuentro entre una forma y una materia también ya individuadas. Lo que está individuado no puede explicarse por medio de un principio de igual naturaleza, es por eso que Simondon busca captar la génesis de los individuos a través de la operación de individuación, promoviendo así un pensamiento procesual contrapuesto a un pensamiento del fundamento, sustituyendo la tradicional ontología por una ontogénesis.

Una de las diferencias importantes con el pensamiento del fundamento es que el ser que se individúa no tiene forma de individuo hasta que se individúa y por eso unidad e identidad se aplican a la fase posterior de la individuación del ser. El ser preindividual es más que uno y más que identidad: “el ser está como *en exceso* respecto de sí mismo” (p. 28). Para pensar este exceso Simondon toma la noción de *metaestabilidad* de la termodinámica. El ser preindividual se encuentra en equilibrio metaestable y ese equilibrio se da cuando la menor modificación de los parámetros del sistema (presión, temperatura, etc.) basta para romper dicho equilibrio. Por eso Combes señala que “El ser individual (...) contiene potenciales que, debido a que pertenecen a dimensiones heterogéneas del ser, son incompatibles. Por eso solo puede perpetuarse al *desfasarse*” (p. 29, las cursivas son de la autora).

En el capítulo “La relación transindividual” Combes comienza pensando el estatuto problemático de la individuación psíquica y colectiva, desenredando de qué modo éstas son recíprocas y cuentan con una unidad sistemática. Uno de los problemas inspeccionados es cuando la individuación psíquica del viviente cuya unidad sistemática es la afecto-emotividad, y esta trae consigo una tensión entre lo preindividual y lo individuado de un sujeto. Esta tensión se resuelve en la relación con el otro, es decir, en el terreno de lo colectivo, pero esto tiene varios aspectos y matices que deben ser tomados en cuenta. El sujeto aislado se encuentra irresolublemente atravesado por problemáticas subjetivas incompatibles como nos muestra la experiencia de la angustia. Por medio de la prueba/experimentación de la soledad (*épreuve d'isolement*) autoimpuesta por el sujeto se avista un nuevo modo de relación con lo otro constitutivo de la individuación: lo transindividual. Ahí Combes afina la lectura:

¿Se puede realmente decir que el descubrimiento de lo transindividual es lo que adviene al término de la prueba? (...) la expresión “la prueba de la transindividualidad”, que por cierto puede entenderse parcialmente en este sentido nos dice también otra cosa; el genitivo objetivo (“de”) indica en efecto que lo experimentado de esta prueba no es, propiamente hablando, la soledad, sino ya, a través de ella (“con la soledad”), la transindividualidad misma (p. 71)

En la experiencia de la angustia y la soledad se establece el vínculo transindividual donde el yo es un personaje captado a través de la representación funcional del otro. Es en el desastre subjetivo donde paradójicamente se experimenta la transindividualidad como relación entre los sujetos. Esta noción es diferente a la relación interindividual que confundiría lo colectivo con la comunidad humana ya constituida, con la identidad de los individuos ya individuados, dando una relación con el otro como producto de la suma de imágenes sociales vigentes. Es por ello que lo transindividual no es sinónimo de colectivo constituido ni una dimensión del sujeto separada de lo colectivo sino un proceso en el cual la posibilidad de la naturaleza transductiva del sujeto psicológico encuentra su “adentro” en el “afuera”, su yo en los otros. Es desde esta sociabilidad transindividual que encontramos –dicen Combes y Simondon al unísono– potenciales para devenir-otros (*cf.* p. 82).

Continuando está problemática en el bello escolio “Intimidad de lo común”, Combes explica como la afecto-emotividad es eso de lo preindividual que el individuo lleva en sí bajo el nombre de “latencia emotiva” y que es capaz de estructurar lo colectivo. Y es en esa dimensión de lo colectivo como realidad estructurada con componentes preindividuales de la naturaleza transmutados en la vida afectiva de los sujetos lo que da cuenta del carácter transindividual de la vida:

Pero la vida íntima no puede revelarse común de inmediato sin que lo colectivo alcance allí una dimensión molecular. Y lo transindividual en suma no nombra más que eso: una zona impersonal de los sujetos que es simultáneamente una dimensión molecular o íntima de lo colectivo mismo (p.92)

Así, la constitución de lo colectivo a un nivel molecular trazaría un vínculo entre Simondon y el psicólogo social Gabriel Tarde, que consideraba que los fenómenos sociales se producían mediante flujos de creencia y deseo que atravesaban a los individuos. En ambas teorías, el campo social pasa a convertirse en un campo de tensión –metaestable– atravesado por una energética humana cuyos potenciales producen transformaciones constantes en la sociedad. Un estudio de las “correlaciones” psicosociales en la fase transindividual no deja en pie a aquellas filosofías que colocan a la conciencia como el punto de partida, o a las filosofías del lenguaje que anteponen la realidad discursiva de la naturaleza y tampoco a las antropologías filosóficas que desde el fundamento humano (contrapuesto a la naturaleza) explique y posibilite la transformación social. La denominación de “filosofía de la naturaleza” le trajo varios malentendidos a Simondon, pero su gesto de apoyar su pensamiento político en una zona íntima-común (la vida afectiva preindividual) marca un camino necesario para re-pensar la política por fuera de la sustancialización de lo colectivo. Ya en el capítulo anterior, Combes inscribía a Simondon en una línea posfundacional de la filosofía política:

Simondon no se inscribe según lo veo en un pensamiento prepolítico de la constitución de la sociedad civil (*antes* de la subsunción bajo el poder de Estado), sino en una línea problemática que busca pensar la política *por fuera* del horizonte de legitimación de la soberanía (p.87. Las cursivas son de la autora)

En el capítulo “Entre cultura técnica y revolución del obrar” Combes abarca la técnica en cuanto modelo de la relación colectiva. Ahí, la autora tiene un ajuste de cuentas con los filósofos que buscan hacer primar la noción de “cultura técnica” por sobre el concepto de transindividual. Si

bien reconoce la importancia del primer concepto eso no disminuye el valor del segundo. Este cruce se traduce al interior de la obra simondoniana como “una evidente tensión entre dos tendencias, dos orientaciones, una de las cuales, ecuménica, apunta a la unificación simbólica de lo diverso, y la otra, que yo he calificado de naturalista, se interesa en lo preindividual de donde emerge la novedad” (p. 108).

Combes va a ponderar una interpretación nuevamente ética a la hora de pensar la técnica, dado que la normatividad contenida en los objetos técnicos anidan en la *tecnicidad*, es decir, el carácter reticular y la tendencia a la organización en redes que tiene la técnica. Entonces, el esquema de redes de la técnica no es un medio para como lo plantean las críticas al instrumentalismo sino que constituye un mundo reticular que nos envuelve. Es por esto que también Simondon rechaza la equivalencia entre técnica y trabajo. La técnica ofrece una horizontalidad que el trabajo no da, y en este sentido hay una crítica de al economicismo marxista pero Combes, atirantando la interpretación, explica que hay similitudes entre ambos solo que “Marx simplemente no sitúa la fuente de la alienación en el mismo lugar que Simondon” (p. 121), para este último la finalidad de conquistar la naturaleza sometiendo a la maquina genera una incomprensión entre los hombres imposibilitando todo vínculo justo; para Marx, en cambio, las relaciones sociales de producción tienen un papel preponderante en la estructuración de la vida material de los hombres.

El último capítulo del libro es un agregado posterior al libro original y trata de un escrito para una jornada de estudios consagrada a la cuestión de la técnica entre Heidegger y Simondon en el 2004. Ahí Combes realiza un minucioso recorrido por ambas formulaciones recalando siempre la importancia de ver la técnica de otra manera, de realizar una mirada más allá de la técnica como una función instrumental y un avasallamiento del humanismo. Así, el libro concluye trazando una relación indisoluble entre la técnica y la forma de vida.

En conclusión, para introducirse en el pensamiento de Simondon es un libro ideal, porque si bien no abarca la totalidad de los recovecos simondonianos permite un contacto profundo con algunas de sus tesis principales y con una lectura que nos muestra la potencia de esta filosofía para pensar y repensar temas como la ontología, la física, la técnica, la alienación, las antropología, la política, la psico-sociología, etc. La traducción de Irés, atenta a los juegos de palabras y a los múltiples significados que algunos términos evocan, se inscribe como un buen aporte a esta serie de traducciones de la bibliografía simondoniana, ideal para quienes se inician en su lectura y también para quienes se interesan por pensar los problemas ético-políticos de la filosofía desde nuevas perspectivas.